

Laura J. Snyder resalta claramente que, en la época de estudio, Delft era extraordinaria por casi todo: “en la década de 1650 Delft era ya conocida por la calidad de sus lentes, debida en parte a la excelencia del cristal que fabricaban las vidrierías locales” (p. 158) y “la fascinación por las lentes se extendía a toda la sociedad” (p. 158); nos cuenta la autora que los pintores y los filósofos naturales deseaban beneficiarse de instrumentos ópticos para entender y representar la naturaleza pero... especialmente en Delft (p. 207); la cartografía nació de un impulso a la hora de describir la naturaleza, “algo que era compartido por agrimensores, pintores, impresores y el público en general de los Países Bajos” (p. 330); asimismo, la mujeres de la República Neerlandesa tenían unos derechos no comparables a los que tenían las diferentes sociedades de Occidente (pp. 69-71) y un nivel de lectura y escritura semejante al de los varones, algo que no sucedía en el resto de Europa (p.154), etc.

He encontrado en este magnífico libro una imprecisión y una errata: escribe que el sistema traqueal de los gusanos de seda son “una serie de agujeritos que tiene en la piel” (p. 356), cuando esos orificios (estigmas) lo que hacen es conectar con las tráqueas del insecto; la errata se refiere al hecho de que si Leeuwenhoek muere el 26 de agosto de 1723 (lo que en verdad ocurrió) no puede ser enterrado el 21 del mismo mes (p. 441).

Echo de menos algunas otras ilustraciones que servirían para aclarar, para no tener que buscar en otros textos, la numerosa y precisa información que aporta la autora de este erudito libro. Finalmente, creo que es un error de la editorial la cubierta de la obra, imagen tomada de la *Micrografía* de Robert Hooke, que no representa ni al pintor ni al microscopista (que incluso desconocía el texto del británico) y esto teniendo en cuenta que he visto dos ediciones en inglés (*Eye of the Beholder*) en las que en la cubierta de *El ojo del observador* hay respectivamente dos cuadros de Vermeer (*El geógrafo* y *El astrónomo*) que personifican perfectamente la interrelación entre los personajes que estudia Snyder.

Francisco Teixidó Gómez
teixidogomez@telefonica.net

Filosofía vegetal. Cuatro estudios sobre Filosofía e Historia Natural

FERNANDO CALDERÓN QUINDÓS
Madrid, Abada editores, 2018. 268 pp, 2 h.
ISBN: 978-84-17301-11-8. PVP: 17 €

Qué grato es leer cuando, además de un fondo inteligente, bien documentado e intelectualmente provocador, el texto está escrito con una cuidada forma. Fernando Calderón nos ofrece un maravilloso regalo a todos los lectores interesados en el pro-



celoso mundo de la Ilustración. Sus cuatro estudios, a los que hace alusión el subtítulo, abordan, respectivamente, las relaciones entre la Botánica y el lenguaje científico; el herbario y el dibujo como formas de representación de la naturaleza vegetal; el sentido y utilidad de los textos botánicos de carácter divulgativo y el descubrimiento de la montaña entre los filósofos-naturalistas ilustrados.

Fernando Calderón es doctor en Filosofía y ha dedicado mucho de su tiempo de investigación a estudiar el pensamiento de Jean-Jacques Rousseau; el *Centre de Recherches sur la Littérature des Voyages*, el *Jardin des Plantes* y el *Centre Alexandre-Koyré* son buenos conocedores de sus estancias en tierras parisinas y sus fondos librarios y archivísticos aparecen dispersos en este texto como los motivos

vegetales lo están en las obras de Denis Diderot, Bernardin de Saint-Pierre o Louis Jean-Marie D'Aubenton.

Guillaume-Chrétien de Lamoignon de Malesherbes quiso enseñar a su hermana el sistema de Tournefort: Philibert Commerson escribió a Joseph Lalande asombrado de la naturaleza malgache; Georges Louis Leclerc, conde de Buffon y José Antonio Alzate, desde uno y otro lado de la orilla atlántica, mostraron sus discrepancias con Carl von Linné y su sistema nomenclatural. El mundo vegetal está omnipresente en la Europa del XVIII y, con él, una polémica subyacente, el empleo del lenguaje no sólo como elemento visibilizador de lo nombrado, también como apropiador de esa realidad.

En su primer ensayo, Fernando Calderón nos lleva de la mano del empirismo inglés para situar, en la Naturaleza, la esencia de la verdad, convirtiendo al naturalista en el filósofo por excelencia. La nomenclatura y la terminología botánica, el conocimiento de un vocabulario cada vez más técnico y amplio, consecuencia del desarrollo instrumental y de la explosión viajera del siglo, se convierten en objeto de debate y de especialización. François Dagognet sentenció “los naturalistas se preocupan tanto de las palabras como de las flores” y ese es el eje central de “Botánica y lenguaje: ciencia de nombres y de plantas”, el primero de los ensayos que componen esta colección.

Arte y Ciencia, dibujo y herbario, dos realidades interconectadas que contribuirán a favorecer el estudio de las plantas más allá de sus lugares -o estaciones- de origen. A esta dualidad en los sistemas de representación de la planta viva queda dedicado el segundo de estos ensayos, “El herbario y el dibujo: dos formas de representación de la naturaleza vegetal”. Los herbarios no son sólo una prueba inequívoca de una realidad, también una demostración de poder y de saber; unos ‘jardines de invierno’ inmarcesibles que sirven tanto para la exhibición de una realidad que fue como para el estudio de quien quiere aproximarse al conocimiento de la diversidad vegetal. Pero las plantas superan el marco del arte y de la ciencia, de los dibujos y los herbarios, para apoderarse de una determinada estética, que le permite pasar de los parterres ajardinados a los tocados femeninos. Convertido en moda, el estudio de las plantas se verá favorecido –y aún practicado- por las mujeres de la nobleza, quienes no dudarán en cultivar con sus propias manos los parterres de sus jardines –piénsese en María Antonieta- o en utilizar su arte en el diseño de dibujos naturalistas –es el caso de Marie-Thérèse Reboul [madame Vien], Sophie de Luigné o Adèle Daudin-. Pintar con palabras o describir con pinceles, el retorno al viejo debate platónico en torno a la iconografía y a la escritura que acertadamente señala el autor de este ensayo.

La complejidad terminológica, los desacuerdos nomenclaturales, el elevado precio de los libros con estampas, las rarezas de los herbarios; estos -y algunos más- pudieron ser motivos para que el estudio de la Botánica quedara reservado a una elite social y cultural. A generalizar el gusto por el estudio de las plantas fueron destinados un conjunto de textos que Fernando Calderón analiza en el tercero de sus ensayos, “Botánicas sin maestro: de las *Lettres sur la Botanique* de Jean-Jacques Rousseau a las obras elementales para uso de mujeres”; una tipología de textos dirigidos a la enseñanza de los ‘botanófilos’, los aficionados que, a diferencia de los alumnos, no disponen de una persona que les guíe por la senda de la Botánica; el ensayo toma como elemento totémico el valor pedagógico de las *Lettres sur la Botanique* que Jean-Jacques Rousseau compusiera para madame Delessert y, a través de ella, para su hija Madelon. Pese al carácter ‘femenino’ con el que habitualmente se identifican estas publicaciones, no han de entenderse como una ‘literatura de género’, sino como un esfuerzo por democratizar los saberes; como acertadamente muestra Fernando Calderón, la condición de mujeres es circunstancial, si el destinatario hubiera tenido una identidad masculina, el método, la retórica y las herramientas pedagógicas hubieran sido igualmente válidas. La idea de Jean Jacques Rousseau -y de quienes practican este mismo tipo de literatura- es la de servir de intermediario entre aficionados y profesionales, tensar entre ellos un puente conceptual que permita a todos los ciudadanos redescubrir la naturaleza y exponerla a nuestra mirada. En definitiva, popularizar un estudio que, además de proporcionar satisfacción intelectual, ofrece un placer puro y carente de remordimientos morales o éticos.

Para finalizar esta entrega de ensayos, el autor se ocupa de otro asunto en el que la belleza, la estética, los sentimientos y la ciencia vuelven a entrecruzarse: “El des-

cubrimiento de la montaña: de Thomas Burnet a Horace-Bénédict de Saussure”; analiza en él el proceso de defabulación de la Naturaleza al que tanto contribuyó la generalización del ‘paseo a pie’, convertido en lugar común entre los pre-románticos de finales del XVIII. Y, de nuevo, surgen los problemas sobre el cómo nombrar; el lenguaje habitual, el de las tierras llanas y la arquitectura humana, no se adapta bien a esta realidad que necesita de un lenguaje propio, un ‘lenguaje de montaña’ en el que el silencio, las rocas, el aire y, por supuesto, las plantas, precisan de una nueva nomenclatura.

Fernando Calderón ha sabido transmitir cómo a través de las plantas, de su morfología y anatomía, de su nomenclatura y clasificación, de su dibujo y conservación, de su estudio y disfrute, los ilustrados se han replanteado, en la vecina Francia, los más diversos asuntos filosóficos. La visión que nos propone el autor, sus propias reflexiones y el aparato crítico con el que acompaña a su obra, la convierten en un texto de obligada lectura para naturalistas, filósofos e historiadores de la ciencia.

Antonio González Bueno
agbueno@ucm.es

Darwin y el darwinismo. Desde el sur del sur

GUSTAVO VALLEJO, MARISA MIRANDA, ROSAURA RUIZ GUTIÉRREZ
Y MIGUEL ÁNGEL PUIG-SAMPER (EDS.)
Aranjuez, Ediciones Doce Calles, S. L – Conicet / Universidad Nacional de Quilmes –
Universidad Nacional Autónoma de México, 2018. 446 p.
ISBN: 978-84-9744-233-6. PVP: 30 €

La obra objeto de la presente reseña es resultado de los trabajos y debates generados con ocasión del VII Coloquio Internacional sobre Darwinismo en Europa y América que tuvo lugar en La Plata (Argentina) los días 18 a 22 de octubre de 2016. Pone de manifiesto el elevado poder de convocatoria y la alta calidad científica de estos coloquios, que nacieron encuadrados en la Red Iberoamericana de Estudios de Historia de la Biología y de la Evolución, y que tuvieron como lugar de celebración, en anteriores ediciones, Cancún (1996), Jaraíz de la Vera (2001), Manaos (2004), México D.F. (2009), Valdivia (2013) y Puerto Ayora, islas Galápagos (2015).

Está estructurada la obra en seis bloques. Tras la presentación, que corre a cargo de los editores del volumen, el primer bloque reúne los trabajos de Miguel Ángel Puig-Samper, Antonello La Vergata y el colectivo de Eréndira Álvarez Pérez, Víctor Rogelio Hernández Marroquín y Rosaura Ruiz Gutiérrez en los que se ofrecen nuevas miradas historiográficas sobre el darwinismo en España e Iberoamérica.